



30 de marzo de 2012

Para Taller Literario, VII Edición

Estimado Sr director,

Le escribo estas líneas para comunicarle mis observaciones del curso recientemente impartido, mi deseo es que sirvan para advertirle de la naturaleza de los asistentes tanto de invitados como de alumnos y tome en consecuencia las medidas oportunas.

En primer lugar lo que parecía un aula, tuneada con tapices a la última de Marco Aurelio y presidida por una mesa para doce similar a la dispuesta en Milán por don Leonardo, en verdad era un aula viajera, patroneada por Isómaco que tras su accidente y fructífera caída, tuvo que fundar en la Hélade sucursal de “La escuela de Atenas”, para aportar toneladas de clase y talento desde Kefisia y dar lecciones de creatividad junto a su inseparable musa la bella Leucipe, un viaje que ni el propio Heródoto soñó, –se viajaba en el tiempo, se corrió la voz, y así comenzó la llegada de individuos de dudosa y diversa procedencia.

El primero que apareció quiso suplantar su identidad diciendo que era amigo y tocayo de Alejandro Magno, que lo conoció en París y que vivía en el gótico de arriba, –nada coherente en su explicación. El segundo invitado vino disfrazado de antiguo alumno y nos lanzó un hechizo, para comprar nuestro silencio nos obsequió con recortables, desplegados y anotaciones mágicas en una libretita roja guardada con recelo en su abultada mochila. Apareció de nuevo, ahora en el papel de partenaire del tercer invitado. La presentación como hombre del Renacimiento fue para despistar, –en verdad era un mago, sacó de su chistera todo el material que el hechicero había atesorado en su mochila y luego lo hizo desaparecer con un chasquido, para desviar la atención dijo que era músico y animó a los presentes a cantar su melodía preferida “Scrivener”. Luego sobrevino un romano algo supersticioso y en consecuencia adicto al número tres, tenía mucho que decir y lo hacía por trilogías, comenzó por contar a trescientos treinta de ritmo narrativo, aunque lo hizo en inglés su voz lo delató –¡era Plauto! y en su nada verosímil ficción contó que mantenía correspondencia con un amigo del emperador, un tal Plinio que además de joven, era el culpable del desbordamiento de información al que estaba sometido por la recepción de sus cartas.

El alumnado se acostumbró a ser recibido por miles y miles de hoplitas que a su entrada en el aula salían al paso para recibirle con honores. Uno tuvo el atrevimiento de hacer cruces a los griegos y ante ciertos relatos dijo dar “cabotás”, hasta que llegó un hombre de Esparta y le hizo cambiar su visión; solía ir acompañado de su dulce y bella hija, por tal motivo, a los protagonistas guapos los



miraba con recelo. También vino una aventajada con talento que llegó a ser finalista de un prestigioso premio, pero ahora su falta de concentración le llevaba a realizar interminables listas de compra mientras intentaba adentrarse en la lectura. Otro llegó de tierras lejanas, tuvo la suerte de sufrir apagones en su aldea costera y ello le suponía formar en el acto, enormes corros circundando al narrador de los grandes relatos. De forma dispersa aparecen otros, entre ellos arregladores de vidas, conocen todos los secretos, pero son prudentes y parecen relajados. Para celebrar el inicio del curso un destacado se vistió con sus mejores galas, ante el éxito, el glamour le uniformaba ahora todos los días; el escriba de un romano.... otros van y vienen, no se dejan ver al detalle pero hay que estar alerta. –¡Ay! y un confeso repetidor, siempre va acompañado por Aristófanes, que se inició en el club de la alta comedia y a pesar de los siglos sigue provocando su risa.

Y en cuanto al tono –eso tan abstracto y a la vez tan perceptible, aquí empleado para alcanzar a sus personajes para ser retratos miniados desde el afecto, personajes que no encuentran argumentos, ni forma, ni género y quedan atrapados en ese maravilloso mundo, en el que escuchar hablar de literatura produce un indefinible bienestar y deseas que ese momento no termine.

Si viene un despistado, que atiende por Mejías preguntando por la maquina de escribir, puede decir que Berta amablemente la ha cedido para la redacción de la presente, o mejor guarde el secreto y que la encuentre el sabueso detective.

Atentamente suya,

“La loca de la casa” (con permiso de R Montero).
